

Revista Stultifera Navis

Número 4 Año 2 (Septiembre 2021)



“Aventuras lunares: especulaciones utópicas en Godwin y Defoe”

Elina Montes¹

Argentina

Resumen:

El hombre en la Luna, de Francis Godwin (1583/1638) y El consolidador, de Daniel Defoe (1705) son dos especulaciones utópicas que imaginan -sobre las huellas lucianescas- un desplazamiento hacia el espacio exterior. ¿Qué tienen estas primeras ficciones lunares inglesas en común? Responder a una pregunta como ésta significa considerar, en primer lugar, el propósito que anima al escritor que, al idear modos diferentes de organización social, establece determinados nexos con su propia realidad, que apuntan –a un tiempo– a tradiciones literarias, a debates filosóficos y científicos, al trazado de horizontes tecnológicos, a paradigmas culturales que establecen diferentes mediaciones entre micro y macrocosmo, entre lo natural y lo sobrenatural y, por supuesto, a determinadas posiciones políticas e ideológicas. Este trabajo presenta algunas aproximaciones al tema.

¹ **Elina Montes** es docente de la Cátedra de Literatura Inglesa (FFyL, UBA) y Mg. en Estudios Interdisciplinarios de la Subjetividad (FFyL, UBA). El presente trabajo se inscribe en los resultados de dos proyectos de investigación consecutivos en los que participó el equipo de la Cátedra entre 2013 y 2016, centrados en el estudio de las utopías inglesas de los siglos XVII y XVIII.

* * *

La literatura utópica del Renacimiento inglés, además de establecer relaciones con motivos que provienen de la literatura de viajes, de los debates teológicos o de un amplio campo de experimentación científica, suele rendir tributo a las especulaciones fantásticas de Luciano de Samosata en *Historia verdadera*. Y si la tradición lucianesca ha sido observada en los escritos de Thomas More, asoma con más vigor aún cuando el mapa del viajero incluye el espacio exterior, como es el caso de la primera aventura lunar europea escrita hacia fines del siglo XVI por Francis Godwin, un obispo anglicano con anhelos de reconocimiento literario. En Luciano, el ascenso celeste puede entenderse como parte de un propósito de desacralización de los espacios sobrenaturales evocados en la épica homérica, de las empresas heroicas y de las meditaciones eruditas, como la física aristotélica, por ejemplo, o los registros historiográficos más respetados del momento. Godwin, sin abandonar el tono cómico del ilustre antecesor, se deja seducir por las ensoñaciones contemporáneas de Kepler, Copérnico, Galileo y Wilkins, quienes se atrevían a describir un cosmos con otros mundos habitados. Pocos años más tarde, verá la luz el relato de Cyrano de Bergerac (1657), que extiende el viaje fantástico hasta el mundo solar, incluyendo algunos motivos lucianescos y otros que aluden a la obra de Godwin. A comienzos del siglo XVIII, Daniel Defoe también utiliza el viaje espacial, lo cual le permite reiterar el gesto de Godwin, aunque de manera más incisiva y un cariz satírico polemista.

¿Qué tienen estos primeros viajes lunares en común? Las respuestas a esta pregunta nunca serían sencillas y muy probablemente resultarían a menudo incompletas, puesto que suponen el ejercicio de considerar el propósito que anima al escritor que, al idear modos diferentes de organización social, *elige*, a través del modo utópico, establecer determinados nexos con su propia realidad². Al mismo tiempo, no puede obviarse que, tal como lo explicita Fredric Jameson, “el espacio utópico es un enclave imaginario dentro del espacio social real, en otras palabras, que la misma posibilidad del espacio utópico es en sí resultado de la diferenciación espacial y social” (2005:30) y, por tanto, todas las relaciones que se establecen entre enclave ideal y exclave real representan posiciones críticas respecto de tradiciones literarias, debates filosóficos y científicos, trazado de

² Me refiero aquí a considerar, según lo señalado por J.C. Davis, cuando afirma que “[l]a escritura utópica no es una tradición de pensamiento”, sino “la sumisión a un modo común” de “aceptar un cambio de configuraciones de posibilidades dentro de una teoría política” (1985:14).

horizontes tecnológicos, paradigmas culturales que establecen diferentes mediaciones entre lo natural y lo sobrenatural y, por supuesto, posiciones políticas e ideológicas, todo lo cual asume un carácter hiperbólico ahí donde sátira y parodia se convierten en las herramientas dominantes del tono y estructurantes de los sucesos del relato. Tanto Godwin como en Defoe, en efecto, producen –según lo anticipara ya la prosa lucianesca– una inversión espectacular del punto de vista y, con ésta una suerte de mirada desde las antípodas que observa y comenta las construcciones conceptuales propias a partir de un extrañamiento intelectual y perceptivo.

*El hombre en la Luna*³, de Francis Godwin, es la primera fantasía lunar de la modernidad temprana. Se trata de un libro editado en 1638, aunque se sugiere que el autor lo escribió antes de 1603, cuando aún vivía y gobernaba Elizabeth I, quien fallece precisamente ese año, pero que en la ficción es referida como “la más gloriosa de las mujeres vivientes”. Por otra parte, *El consolidador*⁴, de Daniel Defoe se publica en 1705, poco más de un siglo después. Son dos obras con temática lunar y es obvio que Defoe había leído con esmero a su antecesor, del que es evidente que tomó en préstamo algo más que el viaje de exploración al espacio exterior. Aunque con algunos puntos de contacto, es necesario observar que entre una y otra ficción se produjo el ocaso de la dinastía Tudor, el ascenso de los Stuart, la decapitación de un rey (Charles I), la subsecuente instauración de un período republicano y puritano que finaliza con la Restauración monárquica de 1660, pero con un rey simpatizante tanto de la causa francesa como de la fe católica (Charles II). Todo lo cual reinstaló las tensiones internas entre diferentes facciones religiosas que culminaron en la Revolución Gloriosa de 1688 y en un cambio de casa reinante por una decididamente protestante y calvinista, la Orange-Nassau. A la apretadísima síntesis del convulsionado escenario político deberíamos añadir que la economía transitaba por un neto cambio de estrategias comerciales del mercantilismo al liberalismo y que fue abriendo para Inglaterra cada vez más mercados continentales, asiáticos y de ultramar. Resulta imprescindible considerar la complejidad del escenario puesto que los espacios utópicos hacen dialogar el territorio del que zarpa el viajero y sus contextos socioculturales con alternativas ideales diferentes y más armónicas. El personaje-viajero

3 El título original de la obra es *The Man in the Moone. Or A discourse of a voyage thither*, he realizado la traducción de la misma y escrito un estudio preliminar que han sido publicados en 2014 en el tomo compilado juntamente con Lucas MARGARIT.

4 El título original de la obra es *The Consolidator: Or, Memoirs of Sundry Transactions from the World in the Moon*, he realizado la traducción de la misma y escrito un estudio preliminar que han sido publicados en 2016 en el tomo compilado juntamente con Lucas MARGARIT

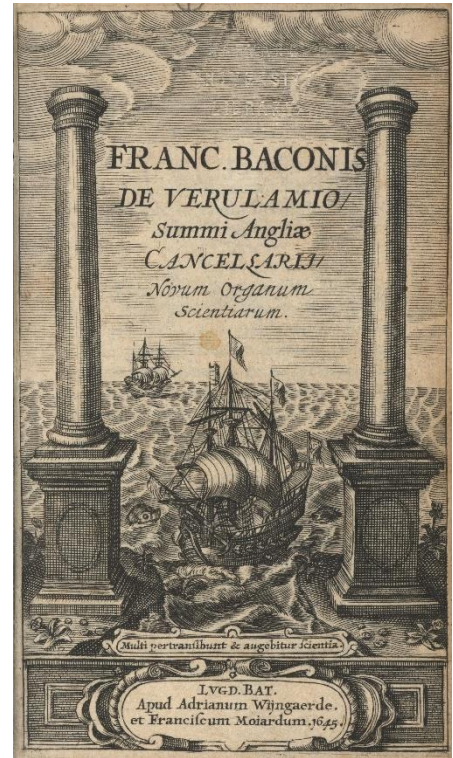


“Cadena del Ser”, Ilustración de la *Retórica Christiana* de Diego Valdes, 1579

se transforma, además, en la figura de la que emana la apreciación de las estructuras de dos organizaciones sociales consideradas. Posee la mirada inquieta y entrenada del explorador: observa, calibra, estimula la comparación entre las comunidades que visita y la de proveniencia. La imaginación utópica, en efecto, proyecta a través de la escritura un puente entre lo conocido (como falla, como desvío de un ideal de gobierno) y lo nuevo como impulso hacia un pensamiento reformador respecto de leyes, normas y costumbres⁵. Godwin está escribiendo cuando parecen estar agotándose las posibilidades de descubrir nuevas tierras, lo que afecta a la dimensión de lo incógnito en cuanto repositorio ideal para la especulación social y política. Sin embargo, los tiempos de Godwin son también una época en la que se produce una activa circulación de escritos científicos que, aunque aún no redefinan las formas de manera conclusiva, amenazan con derribar todos los antiguos paradigmas occidentales que sostenían aún no sólo un diseño del cosmos, sino también una forma de gobierno y de subjetivación que le era solidario: todo un modelo de soberanía y de obediencia que era fiel reflejo de una voluntad creadora que habría puesto la Tierra –único planeta habitado y diseño ejemplar del gran diseñador– en el centro de un cosmos cerrado. La figura del monarca absoluto se presentaba (en la visión de la Cadena del Ser) como el nexo analógico terrenal de la majestad divina sobre ese cosmos que proyectaba un ordenamiento jerárquico de lo existente (en los planos naturales y sociales). Asimismo, micro y macrocosmos estaban a tal punto relacionados, en una época en la que la ciencia no era un campo dissociado de la teología, que, en los varios debates acerca de la posibilidad de existencia de otros mundos poblados que se habían instalado a fines del reinado de Elizabeth I, se producían –por ejemplo– discusiones acerca de los alcances del pecado y de la salvación en una cosmografía que

⁵ Para un análisis más detallado de las características del género utópico me remito tanto al estudio clásico de J.C. Davis, *Utopía y la sociedad ideal*, como al más reciente tomo de Vittor Comparato, *Utopía. Léxico de política*.

no se adecuara (como pretendía la nueva física) a los parámetros de las Escrituras y que no reafirmara el sentido único del Sacrificio⁶. *El hombre en la Luna*, entonces, permitiría pensar el pasaje entre dos sistemas iconográficos diferentes; en efecto, las especulaciones astrológicas promovidas por el texto de Godwin contienen la tensión entre la antigua cosmología que persiste en la imagen de la *Gran cadena del ser* (cuya táctica representativa justifica y preserva la potestad soberana⁷) y los supuestos de la nueva ciencia⁸ sugeridos por el frontispicio de la *Instauratio Magna* (1920), de Francis Bacon, en el que se presenta un saber cimentado en la superación de lo impuesto por el imaginario premoderno, representado en el grabado por las Columnas de Hércules, metáfora del *non plus ultra* que la adecuación a la tradición filosófica supondría como límite al conocimiento.



En un trabajo publicado anteriormente,⁹ he analizado *in extenso* la obra de Francis Godwin y los textos con los que dialoga, cabe recordar aquí que el período en que él escribe (y se publica su libro) está signado por la voluntad de la corona, sea en manos de Elizabeth que de su sucesor James, de unir Escocia, Irlanda e Inglaterra en una corte única, con la extensión del poder de la casa reinante en todo el territorio, lo que implicaba también el acatamiento al derecho inglés y la aceptación de una Iglesia episcopal

⁶ Al respecto, Catherine Gimelli Martin señala especialmente que “Calvinist and Lutheran theologians condemned this line of thought because they believed that plural worlds inhabited by other anthropoids implicitly denied the universality of Christ’s sacrifice; aliens were obviously not part of Adam’s race, so how could Christ die for them or act as part of a universal holy trinity?” (Hayden, 2016).

⁷ En su clásico estudio sobre el tema, Arthur O. Lovejoy apunta con acierto que “The men of the fifteenth century still lived in a walled universe as well as in walled towns”, lo mismo podría afirmarse respecto de la generalidad de las poblaciones europeas del siglo XVI y que es extensiva al siglo XVII en lo referente a la visión cosmológica.

⁸ Lovejoy lista cinco innovaciones significativas que suponen las nuevas cartografías celestes de Copérnico y Kepler: “(1) the assumption that other planets of our solar system are inhabited by living, sentient, and rational creatures; (2) the shattering of the outer walls of the medieval universe, whether these were identified with the outermost crystalline sphere or with a definite “region” of the fixed stars, and the dispersal of these stars through vast, irregular distances; (3) the conception of the fixed stars as suns similar to ours, all. or most of them surrounded by planetary systems of their own; (4) the supposition that the planets in these other worlds also have conscious inhabitants; (5) the assertion of the actual infinity of the physical universe in space and of the number of solar systems contained it” (2001: 108).

⁹ Cf. nota nr.3.

(anglicana) controlada por el Estado. Hugh Trevor-Roper afirma que la unión monárquica exigida “no descansaba sobre una base económica sólida: dependía de la clase uniforme y unificadora de los ‘funcionarios’. Ésta era una clase instruida, de actitud laica e incluso tolerante y se mantenía unida por los lazos del clientelismo”¹⁰. En la utopía de Godwin, quien viaja es un aspirante a cortesano, Domingo Gonsales, un español que admira a la reina británica, pobretón pero poseedor de un espíritu ambicioso y resuelto. Se ve involucrado en una serie de aventuras luego de alistarse en las huestes de la Casa de Alba para combatir en los Países Bajos, con la única finalidad de ganar renombre y crédito ante los señores de turno. La primera parte de sus andanzas lo arroja náufrago en la Isla de Santa Elena, en medio del Océano Atlántico y en compañía de Diego, un esclavo negro al que llama “mi moro”, pero con el que mantiene un trato amigable. Es más que probable que Defoe se haya inspirado en el destino de estos dos personajes para su *Robinson Crusoe*, modificando significativamente la relación entre ambos hombres, lo cual se condice, además, con un proyecto de expansión que, a principios del siglo XVIII ya se sustenta en un conjunto de valores representativos de lo inglés, entre los cuales el protestantismo ocupa un sitio de relevancia¹¹, junto con la noción de sujeto emprendedor e industrial que puede afirmarse por sobre otros europeos y no europeos, a través de su fe y su voluntad. El Domingo Gonsales de la utopía de Godwin es un integrante de la baja nobleza, mientras que el viajero lunar de Defoe es un comerciante. Una diferencia que marca, en sí, un cambio significativo en la conformación de la sociedad inglesa a lo largo del siglo XVII, volviéndola más diversificada y con un señalado protagonismo de los representantes de la burguesía mercantil. Ambos personajes, por otra parte, se demuestran ingeniosos en lo que hace al dominio de los elementos, audaces ante lo imprevisto, pacientes y sagaces en la búsqueda de la oportunidad para torcer la suerte, todo lo cual, y más allá del tono satírico que envuelve sus aventuras, es indicativo de la posición activa de Inglaterra en las disputas territoriales, intensificadas a partir de ese siglo.

En Godwin, los desplazamientos por las diferentes zonas del globo terráqueo (España, los Países Bajos, las Indias Orientales, China) exponen las luchas por el poder político, por la conquista territorial y por la expansión económica. Por el contrario, en la

¹⁰ Para una ampliación de estos aspectos, remito al capítulo “La unión de Gran Bretaña en el siglo XVII”, del libro de Hugh Trevor-Roper *La crisis del siglo XVII. Religión, Reforma y cambio social*: Buenos Aires: Katz, 2009, pp. 443-464.

¹¹ Kumar sugiere que “The Protestant cause was also immensely valuable in the second main misión which the English identified: the making of Britishness, especially after the union with Scotland in 1707” (39), es decir en el momento en que Defoe escribe su panfleto.

superficie lunar Domingo Gonsales puede hallar una sociedad bien diferente a todas las que ha conocido a lo largo de sus aventuras terrestres; se despliega ante su vista un entorno armonioso, habitado por seres sabios y de gran inteligencia. La vida en la Luna guarda similitudes con la de los seres de la mítica Edad de Oro, pues en la sociedad selenita, comenta el narrador:

no hay nada que al hombre le falte. Los alimentos crecen por doquier y sin necesidad de trabajar, y los hay de toda clase. Si se trata de vestimenta o de vivienda o de cualquier otra cosa que una persona pueda imaginar o desear, ésta le es brindada por un Consejo de Superiores, a cambio de muy poco trabajo, razón por la cual no hacen nada más que jugar y solazarse. (2014: 118-9)

La utopía lunar godwineana materializaría ante la mirada del lector una sociedad perfecta, aunque lejana e inalcanzable, que se ofrece al imaginario de la época –en el que otros mundos habitados en el universo comenzaban a ocupar un horizonte de posibilidad– como un estadio previo de las sociedades humanas, aún no afectado por la corrupción derivada de las luchas por la obtención y la preservación de los bienes materiales o simbólicos, ni por las disputas políticas, las contiendas bélicas o los mezquinos pleitos que animan el escenario en el que se debaten Domingo Gonsales y sus lectores contemporáneos. Es en este sentido que resulta efectiva la inclusión en el relato de los episodios previos al alunizaje, en los que el héroe se ve envuelto en contiendas de todo tipo que si, por un lado, imprimen un ritmo acelerado a las acciones (escaramuzas, guerras, duelos, batallas navales, piratería, naufragios, fugas y persecuciones), por el otro, contrastan abiertamente con la serie lunar en la que prima la quietud, la regularidad, la holganza, el descanso. Es una sociedad que carece de necesidades y también de apetencias, por lo que la noción de cambio está totalmente elidida. Los selenitas imaginados por el obispo Godwin son cristianos, no han conocido el pecado original ni la dispersión babélica, ignoran las disputas reformistas y el sobresalto de los devenires de la historia, de modo que gozan de los beneficios de un Edén extendido. Encandilado por las promesas de la ciencia y la técnica que le eran contemporáneas, el obispo Godwin navega entre dos aguas: fantasea con máquinas fantásticas y concibe un viaje al espacio, para hallar una comunidad sofisticada en sus prácticas y costumbres, pero asimilable a los imaginarios pretéritos y míticos de las Hespérides. Uno de los rasgos que Domingo Gonsales asocia con la falta de discordia entre los lunarios es poseer un sistema de gobierno que el viajero relaciona con la monarquía de Elizabeth I, que se perfilaría, entonces, como una suerte de arcadia terrestre, fuerte en alianzas y aún con una mínima injerencia parlamentaria; es la etapa

previa a los conflictos entre Rey y Parlamento que Godwin había empezado a divisar en su tiempo (bajo Charles I) y que serán centrales en la especulación utópica de Daniel Defoe.



Imagen de la edición de 1768, basada en el frontispicio de la primera edición. Disponible en Gutenberg.org.

Uno de los elementos que más estrechamente relacionan la fantasía de Godwin con la de Defoe es la estrambótica máquina que construye Domingo Gonsales y que lo conduce al suelo lunar, la que, con variantes se replica el escrito dieciochesco. Otro aspecto presente en ambos relatos es la estadía en territorio chino; ahí es donde Gonsales aterriza con su máquina de retorno de la Luna, y China es el país del que parte hacia el espacio el viajero de Defoe. Se produce una suerte de posta entre ambos personajes, el uno iluminado por el aura que la genial inspiración de Godwin le otorgó al otro. En el relato del siglo XVII, la máquina voladora es un extraño artefacto propulsado por el vuelo de una bandada de aves entrenadas, que logra vencer la gravedad y lleva al protagonista allende el espacio sublunar.

Conforme a su doble mirada, a lo largo del trayecto celeste Domingo puede apreciar el globo terráqueo y reconoce las diferentes regiones de su geografía, a la vez que repasa sus conocimientos de algunas teorías físicas consensuadas entre las que asoma el reciente cosmos copernicano; al mismo tiempo, sin embargo, su recorrido celeste se puebla con un imaginario sobrenatural y folclórico habitado por brujas, magos y demonios.

A diferencia del protagonista de Godwin, el viajero de Defoe es, como dije, un representante de la burguesía mercantil inglesa, un individuo para el cual la vasta extensión de la Tierra (y luego de la Luna) se presenta como un atractivo reto para la explotación comercial intensiva a través de las innumerables rutas mercantiles y las inmensas oportunidades que se abren, especialmente hacia el Oriente. A lo largo de los Siglos XVI y XVII, se había consolidado la idea de que el imperio chino controlaba un importantísimo tráfico con Europa del Este y con un tercio del mundo conocido. Para la época en la que escribe Defoe, Inglaterra se había transformado en un consumidor regular y entusiasta de porcelanas, sedas y té, y China había incrementado su prestigio en el

dominio de la técnica y la producción de objetos refinados. Si bien algo de esto ya se percibe en Godwin, Defoe explota el motivo y dedica al Imperio Chino una parte importante del primer tramo de su escrito; su protagonista por lo tanto se detiene sobre la singularidad de su ciencia, comenta acerca de sus muchos saberes y de la habilidad para construir instrumentos insólitos. China, por otra parte, se delinea como una organización deseable y comparte en el relato el espacio epistémico (y por ende utópico) con el otro mundo lunar, con el que tiene asegurado el intercambio a través de viajes espaciales efectuados por el monarca. Los desplazamientos se hacen a bordo de un extraño aparato emplumado, que llaman “consolidador”, aunque éste se vincula menos con el ingenio mecánico que con la especulación política. El funcionamiento de la máquina se asemeja al del Parlamento en una secuencia de alusiones que evocan la historia de Inglaterra anterior a 1705. Cada pluma que recubre el artefacto es provista por una región en particular y, de ser elegida con descuido, podría hacer desplomar la nave y al rey con ella.

El desembarco del viajero de Defoe en territorio lunar permite que la Tierra se mire en el espejo invertido de la Luna y recuerda la utopía de Joseph Hall *Un mundo distinto, pero igual*. En efecto, el primer selenita con el que se encuentra el viajero desata la controversia:

me preguntó si yo había llegado de la Luna. Le dije que no y esto lo enojó bastante, me trató de mentiroso y añadió que había sabido perfectamente y desde el primer momento de dónde yo provenía.

Como sucede con gran parte del material, este fragmento puede leerse a la luz de las encendidas polémicas de diferentes facciones protestantes disidentes en torno a consideraciones de tipo dogmático, y a una defensa obcecada de un punto de vista que no reconoce en el otro ni un mínimo de razón, impidiendo un intercambio productivo en torno a intereses comunes. En la obra de Defoe se vuelve evidente que una sociedad científicamente sólida se logra en un entorno políticamente estable y moralmente representativo de los mandatos de un cristianismo reformado. Esta conjunción de factores se manifiesta cuando analizamos la descripción de las tres máquinas más complejas que el viajero encuentra en tierra lunar, la máquina de pensar o silla de la reflexión, el elevador y el *concionazimir*. Todas ellas, de manera directa o indirecta, inciden en la estimulación o la contención de pensamientos y conductas, de modo que no pueden ser consideradas únicamente desde el punto de vista de los logros de la ciencia. Al examinar este aspecto, Jordan ha reparado en el lenguaje extremadamente llano empleado por Defoe para referirse a los artefactos, lo cual no dejaría de ser un indicativo más de que su mayor

preocupación no está del lado de la creación literaria de mundos fantásticos ni de un discurso científico al servicio de ésta para hacerlos consistentes.

Desde nuestra perspectiva, sin embargo, resulta difícil no sentirnos atraídos por cómo se hace presente en el relato el modo en el que a partir de mediados del siglo XVII comienza a consolidarse la percepción del cuerpo humano como mecanismo. En 1633, Descartes ya había afirmado en su *Tratado del hombre* que “el cuerpo no es otra cosa que una estatua o máquina de tierra a la que Dios forma”, que tiene en su interior “todas las piezas requeridas para lograr que se mueva, coma, respire”. Un siglo más tarde, en 1733, el médico escocés Georges Cheyne publica su célebre tratado *The English Malady*, en cuyo prefacio recoge lo que parecía ser ya una opinión comúnmente aceptada, que el cuerpo humano es un complejo aparato hidráulico hecho de tubos y de sistemas de bombeo:

El cuerpo humano es una máquina con una cantidad y variedad infinita de canales y tubos, que se llenan de diferentes licores y fluidos, que corren, se deslizan o se arrastran perpetuamente hacia adelante, o vuelven para atrás, en un círculo constante, alimentando, nutriendo y reparando las pequeñas ramificaciones y vertientes del desgaste de vivir.

En Defoe esta idea coexiste con la posibilidad de que el cuerpo humano interactúe con instrumentos mecánicos y ópticos, y de este modo disciplinar la voluntad y ajustar o alinear todo lo que se mostraría esquivo o remiso a dejarse someter al movimiento armónico y funcional de la máquina. Así, su *pensador* insinúa la regulación de tirantes y ruedas para evitar un desvío entre objeto y pensamiento, mientras que la función mecánica del *elevator* promete un desarrollo de las posibilidades intelectuales, que incluye la comunicación con entes superiores e incorpóreos. Probablemente la contracara de este uso prometedor que el narrador observa en las extensiones maquínicas se halle en el tercer aparato complejo, el *concionazimir*, que es utilizado para congregarse rápidamente a las multitudes en la defensa o el ataque de determinada causa, una suerte de propagador universal de rumores al servicio de la facción de turno.

De Godwin a Defoe, la Luna se ha transformado. De ser un lugar idílico y ahistórico en apariencia, pasa a describirse como una sociedad atravesada por las crisis, los debates y los cambios de la historia, y es en ese sentido que se vuelve un espejo plausible en el que pueden reflejarse los terrícolas contemporáneos. Si el absolutismo monárquico lunar de Godwin mantiene la armonía desterrando todo lo que resulta

incompatible a la preservación del sistema, los selenitas de Defoe –por el contrario– lidian constantemente con las diferencias, que concilian a partir de la implementación de un parlamentarismo plural y activo.

Finalmente, pueden notarse que el discurso científico opera en Godwin como subtexto de teorías aún no aceptadas, fascinantes para el narrador por las promesas de un espacio celeste a visitar y a redefinir, pero a la vez inquietantes porque el heliocentrismo derribaba presupuestos rectores de un tipo de subjetividad al que adhieren fervientemente el autor y su personaje. En Defoe, por el contrario, comprobamos que las distancias terrestres y los otros mundos celestes se incorporaron al imaginario. Los espacios pueden abarcarse, describirse y medirse a través del perfeccionamiento newtoniano de los “extraordinarios telescopios” y sus teorías de la luz, todo un conjunto de factores que definen un nuevo régimen óptico con propuestas que en Godwin sólo asomaban como una promesa de la ciencia. El viajero de Defoe insiste con entusiasmo en los beneficios de un novedoso modo de mirar inaugurado por los aparatos ópticos, y nuestro planeta, visto desde la Luna, va tomando la forma de los mapamundis temáticos de doble hemisferio, una novedad a principios del siglo XVIII cuyas posibilidades en el uso sistemático y la exploración de los suelos, así como la explotación de los recursos apasionaban a Defoe.

BIBLIOGRAFÍA

COMPARATO, Vittor. (2006). *Utopía. Léxico de política*. Buenos Aires: Nueva Visión.

DAVIS, J.C. (1985). *Utopía y la sociedad ideal. Estudio de la literatura utópica inglesa, 1516-1700*. México: FCE.

HAYDEN, Judy A. (2016). *Literature in the Age of Celestial Discovery*. New York: Palgrave.

HUTTON, Sarah. "The Man in the Moone and the New Astronomy: Godwin, Gilbert, Kepler". *Etudes Epistémè*, n° 7 (2005), <http://revue.etudes-episteme.org/?the-man-in-the-moone-and-the-new>, consultada el 28.10.2012.

JAMESON, Fredric. (2005). *Arqueologías del futuro. El deseo llamado utopía y otras aproximaciones de ciencia ficción*. Madrid: Akal.

JORDAN, Mark. (1991). "A Lexicon Technicum for this present age": scientific satire in Defoe's *Consolidator*. Tesis doctoral inédita. MacMaster University. Disponible en línea en <http://hdl.handle.net/11375/10855> (última consulta: 20-02-2015).

KUMAR, Krishan. (2015). *The Idea of Englishness. English Culture, National Identity and Social Thought*. Farnham: Ashgate.

LOVEJOY, Arthur O. (2001). *The Great Chain of Being*. Cambridge: Harvard U. P.

MARGARIT, Lucas y Elina MONTES (comp.). (2014). *Textos utópicos en la Inglaterra del siglo XVII. Tomo II: Viajes a la Luna, utopías selenitas y legado científico*. Buenos Aires: FFyL.

MARGARIT, Lucas y Elina MONTES (comp.). (2016). *Utopías inglesas del siglo XVIII. Construcciones imaginarias del estado moderno: selección de textos y comentarios críticos*. Buenos Aires: Edit. Argentinos.

POCOCK, J.G.A. (1985). *Virtue, Commerce, and History. Essays on Political Thought and History, Chiefly in the Eighteenth Century*. Cambridge: CUP.

PORTER, David. (2010). *The Chinese Taste in Eighteenth-Century England*. Cambridge: CUP.